

# SOBRE MILITARES Y POLITICA EN ARGENTINA

PEDRO OTEGUI

Con el golpe militar del 6 de septiembre de 1930 se cierra un ciclo y se abre otro en la historia argentina. En primer lugar, lo que se cierra en ese momento es un largo período de 70 años continuados de gobiernos civiles. Estos se instalan y suceden bajo un régimen constitucional-democrático, esto es, mediante el voto popular que se expresa a través de consultas electorales cuya base social y participación legal se amplían considerablemente hasta su universalización en 1912. De este modo se hace posible el triunfo, en 1916, de una alianza de base popular en que es elegido presidente Hipólito Yrigoyen (Unión Cívica Radical). En otro sentido, el ciclo que se abre en 1930 es el

de los golpes de estado militares, frecuentes y generalmente incruentos, unos más trascendentes que otros. Su lista completa sería larga e inútil: 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976, son los años en que ellos tuvieron como consecuencia el derrocamiento de un presidente constitucional elegido popularmente. A estos golpes mayores habría que sumar una serie mucho más larga de "golpecitos" y "planteos", que sin tener siempre efectos sucesorios alcanzaron en algunos casos un relieve particular, como fue, por ejemplo, el enfrentamiento entre "azules" y "colorados" de 1962 en que lucharon militarmente bandos claramente diferenciados política e ideológicamente.

Indagar someramente las razones de este viraje histórico de 1930 no deja de tener sentido puesto que ellas dan algunas importantes claves para entender los factores que han hecho de la presencia militar una de las constantes de mayor gravitación en la política argentina de las últimas décadas. En efecto, todo el ciclo político que sigue acusa de muchas maneras una influencia militar tal, que por momentos, domina el escenario político.

La intervención militar de 1930 acabó con un gobierno (segunda presidencia de Yrigoyen) y con un orden hegemónico que se estaba cimentando sobre nuevos y amplios sectores sociales mayoritarios, de base urbana y origen migratorio externo, que en su mayoría se ubicaban en el centro de la pirámide social, aunque no careciera de apoyos importantes, pero más pasivos, en los sectores populares menos organizados. Los obreros urbanos sindicalizados estaban en cambio encuadrados por un sindicalismo agresivo y por partidos y movimientos políticos de izquierda: socialistas, anarquistas, sindicalistas y comunistas, que en gran parte se opusieron al gobierno radical.

En consecuencia, parece incuestionable que la base activa del nuevo sistema hegemónico que el radicalismo yrigoyenista estaba gestando se basaba en la fuerza social de nuevas capas medias educadas y estrechamente ligadas al aparato del Estado y en el impulso modernizante de grandes procesos sociales, como ser: la industrialización y el crecimiento urbano, que en la Argentina tuvieron un desarrollo precoz, rápido y sostenido, dando lugar a una prosperidad sin precedentes desde fines de la Primera Guerra Mundial.

Se trataba por lo demás de un fenómeno tan nuevo como generalizado en América latina, ya que en las dos primeras décadas de este siglo en varios otros países (Uruguay, Chile, Brasil, entre ellos) se advirtió el surgimiento de vigorosos movimientos de clase media, que también trajeron consigo un sesgo liberal, antioligárquico, modernizante y progresista.

El significado del golpe militar argentino del 30 fue el de una reacción contra estas tendencias históricas y representó por lo tanto un esfuerzo para restaurar la hegemonía oligárquica restringiendo considerablemente la participación política popu-

lar. La gran crisis de los años 30 socavó el poder económico de los sectores latifundistas agroexportadores trasladando los objetivos prioritarios de las políticas gubernamentales hacia una industrialización sustitutiva que las circunstancias coyunturales habían tornado imperiosa. La estructura social experimentaba por esos años una transformación profunda que la crisis económica contribuyó a acelerar: grandes migraciones rural-urbanas que al concentrarse en el Gran Buenos Aires dislocaban las bases de la sociedad agraria y, consiguientemente, del poder oligárquico.

Sin embargo, una corriente de hechos de signo contrario contribuyó a esta restauración. En esa época la organización social de la sociedad civil argentina era escasa y poco sedimentada. Si se tiene en cuenta que era muy alta la proporción de extranjeros así como variadas sus nacionalidades, y que los nativos eran en su gran mayoría descendientes inmediatos de migrantes foráneos, concentrados especialmente en las ciudades (el proceso "aluvional" como lo ha denominado José Luis Romero), esto unido al hecho de que su población tradicional y vernácula del interior entraba a un rápido proceso de movilización espacial y social, es posible imaginarse la falta de arraigo nacional y de estructuración social de los más vastos sectores sociales. Así se explica la escasa e inefectiva resistencia social que opusieron en la época y, al mismo tiempo, su incapacidad para consolidar un nuevo orden hegemónico y, menos aún, un sistema de alianzas políticas estables y efectivas.

La salida electoral reflejó el **impasse** hegemónico pues significó el retorno a viejas prácticas tradicionales. Mediante el llamado "fraude patriótico" se ungió presidente a un general (Agustín P. Justo, 1932-38), que era un influyente caudillo militar vinculado al radicalismo antipersonalista (antiirigoyenista), quien, aliado al conservadurismo más tradicional, aseguró el retorno de la oligarquía al poder. Su política adoptó los rasgos de una especie de conservantismo ilustrado y jerárquico, indudablemente probritánico ya que la intervención inglesa en el golpe de 1930 fue evidente y su influencia se extendió por un decenio (la "década infame" como ha sido calificada). El presidente constitucional siguiente fue un civil, Roberto M. Ortiz (1938-41), otro ex-radical antipersonalista, también elegido fraudulentamente. Durante muchos años fue el abogado-jefe de los ferrocarriles británicos, que constituían el mayor complejo empresarial privado del país.

Volviendo al punto que interesa destacar en esta breve nota cabe señalar que la **tutela militar** que se instituyó a partir del golpe del 30 se perfiló como una sombra dominante sobre la vida política argentina en los años que siguen. En 1943 los militares volverán a salir de sus cuarteles para derribar por segunda vez a un presidente constitucional. Después de haber amparado y cohesionado el "fraude patriótico" en dos elecciones presidenciales, declararon en su "proclama revolucionaria"

que tomaban el poder para retornar a la plena vigencia de la Constitución y a prácticas democráticas sanas. En esos años se había producido un nuevo sesgo ideológico en las fuerzas armadas, puesto que una proporción considerable de altos oficiales militares habían mostrado visibles "afinidades electivas" con el fascismo y la suerte de las potencias del Eje en la gran guerra mundial.

### Perón, líder populista

Del seno de este movimiento militar profascista surge el coronel Juan Domingo Perón, que se convierte rápidamente en caudillo popular y, también, aunque no sin fuertes resistencias, en líder militar a partir de 1945. Al año siguiente fue elegido presidente constitucional ganando las elecciones por un escaso margen. Reelecto por un nuevo período (1952-58), esta vez por una amplia mayoría, fue derrocado por sus camaradas de armas en septiembre de 1955.

Perón ha sido uno de los más típicos líderes populistas latinoamericanos, promoviendo desde el gobierno una movilización controlada de las masas, redistribuyendo ingresos, sin alterar las bases estructurales del poder económico. En la realización de estas políticas enfrentó fuertes resistencias de los grupos latifundistas e industriales tradicionales, aunque también, pero por otros motivos, de sectores influyentes de las clases medias: intelectuales, profesionales y estudiantes. Estos últimos sectores resistieron más su estilo político autoritario y arbitrario, que restringió las libertades públicas y el pluralismo ideológico, que sus medidas económicas. Finalmente, el rompimiento con la Iglesia Católica que contribuyó decisivamente a su derrocamiento en 1955, hizo que sus relaciones con las fuerzas armadas fueran aún más difíciles, especialmente con la marina que siempre lo había resistido. Es así que debió enfrentar varios levantamientos militares en los años 50 antes de su derrocamiento.

Para contrarrestar estas resistencias, Perón manipuló continuamente a las fuerzas armadas y a los jefes militares, acentuando de este modo el fuerte divisionismo ya existente en su seno. Y en esto llegó a tal extremo, que luego del fracasado golpe del General Menéndez en 1951, en que murió en su defensa un cabo militar que por eso fue glorificado, comienza una organización especial de los suboficiales, cuyo apoyo le era muy amplio y seguro, que fueron políticamente adoctrinados como una fuerza de resistencia para contener los ímpetus golpistas de los oficiales más antiperonistas. Estos visibles empeños divisionistas tendrían repercusiones de importancia, no sólo en la gestación del golpe de 1955 sino también en el período que lo sigue. En efecto, Perón ya había provocado una especie de retórica de lucha de clases en la sociedad civil que mantuvo sin embargo bajo su

